

# *Sueños* **DESTROZADOS**



La angustia  
y permanente esperanza  
de una esposa abandonada.

Matilda Kauffman

# *Sueños* **DESTROZADOS**

La angustia y permanente esperanza  
de una esposa abandonada.

Matilda Kauffman

SHATTERED DREAMS © 2011 por Vision Publishers.  
SUEÑOS DESTROZADOS © 2026 por Christian  
Light Publications, Inc. Harrisonburg, Virginia, EE.UU.  
22802. Todos los derechos reservados.  
Traducido al español por [www.manadigital.net](http://www.manadigital.net).

El texto bíblico ha sido tomado de la versión Reina-  
Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina;  
© renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Usado  
con permiso.



# CONTENIDO

Prefacio .....	V
Introducción .....	IX
1. Derribada .....	11
2. Repudiada .....	15
3. En busca de respuestas .....	19
4. ¿Quién soy yo? .....	21
5. Escogeos hoy a quién serváis .....	27
6. Es necesario renunciar mi voluntad .....	35
7. Ganamos la batalla, pero la guerra continúa ..	39
8. Tesoros .....	43
9. La construcción de la fe y la casa .....	49
10. El rechazo y la soledad .....	51
11. Un caminar diario con Jesús .....	53
12. Dad gracias en todo .....	57
13. Sufrir con el Señor .....	61
14. Un siervo de Dios disfrazado .....	65
15. Lo que quiero que toda esposa sepa .....	69
16. Actitudes y maneras de responder .....	73
17. Tened paz .....	79
18. Pasos hacia el perdón .....	81
Conclusión .....	85



# PREFACIO

**P**ara la esposa fiel, la tragedia de que el esposo abandone a la familia es su peor pesadilla. Si has tenido que enfrentar tal lucha que desafía tu fe, este libro es para ti. O, tal vez tu esposo aún está contigo, pero tu matrimonio anda fatal. ¿Qué puedes hacer? ¿Adónde puedes ir? ¿Cómo puedes experimentar paz, verdadera felicidad y quietud mental en medio de una tormenta emocional que amenaza con derribarte mental, física, y espiritualmente? ¿Qué pide Jesús de ti? ¿Es aún posible seguir su camino?

Hay que reconocer que esta situación genera mucha confusión y profundas heridas y dolores. Dios no es el autor de confusión, sino de paz, gozo y felicidad. ¿Cómo puede él lograr que tengamos estas mismas cualidades?

Quiero compartir algunas cosas que he aprendido a base de probar y cometer errores. Las aprendí al caminar por el profundo y oscuro valle de tristeza y rechazo, abandonada por el hombre que había prometido amar, y que aún amo.

Durante los primeros años de matrimonio, mi esposo era de lo más amante y considerado. Por eso mi corazón se hizo pedazos cuando el matrimonio acabó en fracaso. Habíamos sido muy unidos. Buscaba respuestas, pero no las hallaba.

Nunca consideré el divorcio como una opción. Sabía

que sería un pecado grave ante los ojos de Dios. El matrimonio es de por vida. Dios dice: “Guardaos, pues, en vuestro espíritu, y no seáis desleales para con la mujer de vuestra juventud. Porque Jehová Dios de Israel ha dicho que él aborrece el repudio (...)” (Malaquías 2:15-16).

¿Dónde había yo fallado tan rotundamente? Mi mente daba vueltas, como el perro que trata de atrapar su rabo. Mis pensamientos no resolvían nada.

¿Contiene la Biblia las respuestas que necesitamos? Sí, las contiene. Aunque no siempre estén en letras de molde, hay principios básicos a seguir. Pudiera ser que estemos cegados, o muy heridos para verlos, o tal vez no estemos dispuestos a creer que funcionen en nuestra situación. De cualquier manera, las respuestas existen.

Por medio del infalible amor y de la gracia de Dios, una vez más hallé la paz y el gozo en el corazón, a pesar del dolor. El verdadero gozo no resulta de las circunstancias, sino de seguir los principios del Dios omnipotente y de limpiar el alma ante él.

Al contar lo que Dios me ha enseñado, mi mayor anhelo es traer un rayo de esperanza e inspiración al corazón triste o dudoso. Quiero ser amiga de cualquiera que se encuentre en este camino solitario.

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para

que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios (2 Corintios 1:3-4).

Verdaderamente, Dios ha sido maravilloso en su trato conmigo. Deseo que él te consuele a ti como me consoló a mí.

–Matilda Kauffman



# INTRODUCCIÓN

Una famosa conferencista sacó un marcador de página especial de su Biblia y lo sostuvo en alto mientras describía sus experiencias degradantes en un campo de concentración nazi. La audiencia vio solamente un enredo feo de hilos de diversos colores. Luego, mientras contaba de los muchos beneficios de su sufrimiento, mostró la otra cara del marcador. En ese momento la audiencia pudo ver el hermoso bordado que rezaba: “Dios es amor”.

La historia de Matilda también comienza con una maraña confusa de hilos de la vida. En este caso, las hebras desconcertantes del matrimonio roto están cubiertas de dolor insoportable. La autora, despojada de su dignidad y posesiones, lucha por mantener su pequeña fe en Dios.

Por medio de su historia, ella explica como nutrió su débil fe hasta que llegó a ser una confianza fuerte y gozosa en Dios. Describe la lenta, a veces incomprensible, “bordadura” de Dios, hasta que pudo ver en la otra cara la hermosa tapicería de su vida, producida por medio de la destrucción inexplicable de su matrimonio.

Sin embargo, en esta historia, la belleza de la tapicería no fue un resultado automático. Cada paso del patrón fue una lección dolorosa que se aprendía solo por el sufrimiento. La autora te llevará a entender estas difíciles

lecciones acerca del rechazo, la humillación, la entrega total, el perdón, el castigo y la confianza en Dios durante el sufrimiento.

Al final, la decisión será tuya. ¿Cederás ante la amargura e incredulidad para con los que te ofendieron, resultando en que aun la otra cara de la tapicería de tu vida sea una fea maraña? O, ¿elegirás perdonar a tus ofensores y confiarás en que Dios permite el sufrimiento para hacer de tu carácter una bella tapicería? Deseo que esta historia te inspire a elegir lo mejor.

—John D. Martin



## Derribada

Sálvame, oh Dios, porque las aguas han entrado hasta el alma. Estoy hundido en cieno profundo, donde no puedo hacer pie; he venido a abismos de aguas, y la corriente me ha anegado. Cansado estoy de llamar; mi garganta se ha enronquecido; han desfallecido mis ojos esperando a mi Dios (Salmo 69:1-3).

**E**sta Escritura describe como me sentí mientras mi matrimonio se derrumbaba. Muchas mujeres han sido rechazadas y reemplazadas por otras; y esto por hombres que una vez prometieron amarlas y estimarlas en prosperidad y adversidad, en salud y en enfermedad, hasta que la muerte los separe.

En el matrimonio, Dios mismo une al hombre y a la mujer como una sola carne, de por vida. Cuando son separados, y el matrimonio se destruye, la rotura es irregular

y desgarrada; no puede sanar correctamente. Cada vez que se encuentra con el cónyuge infiel, es expuesta la herida, todavía viva y sangrienta.

Para mí, toda esta experiencia ha sido de profunda auto examinación. Antes de casarme, creí que si mi esposo y yo tuviéramos problemas en nuestra relación, juntos los superaríamos pacíficamente. Yo amaba (y aún amo) mucho a mi esposo galán y talentoso, y creí que separarme de él sería una deshonra al nombre de Dios. No quería que mi familia se fragmentara. Después de que supe que nuestro matrimonio no era ideal, muchas veces oraba fervientemente: “No importa cuánto tenga que soportar yo, Señor, no permitas nunca que nos separemos”.

Firmemente creo las directrices que Dios da para la esposa que enfrenta los desafíos del matrimonio que no es ideal:

Pero a los que están unidos en matrimonio, mando, no yo, sino el Señor: Que la mujer no se separe del marido; y si se separa, quédese sin casar, o reconcíliese con su marido; y que el marido no abandone a su mujer. Y a los demás yo digo, no el Señor: Si algún hermano tiene mujer que no sea creyente, y ella consiente en vivir con él, no la abandone. Y si una mujer tiene marido que no sea creyente, y él consiente en vivir con ella, no lo abandone. Porque el marido incrédulo

es santificado en la mujer, y la mujer incrédula en el marido; pues de otra manera vuestros hijos serían inmundos, mientras que ahora son santos. Pero si el incrédulo se separa, sepárese; pues no está el hermano o la hermana sujeto a servidumbre en semejante caso, sino que a paz nos llamó Dios (1 Corintios 7:10-15).

Yo deseaba desesperadamente seguir el consejo del apóstol Pablo, y durante muchos años antes de nuestra separación, oraba de todo corazón por nuestro matrimonio, que fracasaba. Dios contestaba muchas oraciones, pero parecía que cuanto más oraba, tanto peor se volvía la situación. Me parecía que a Dios no le importaba lo suficiente nuestro matrimonio como para contestar la oración. Sin embargo, seguí orando, porque sabía que él puede hacer lo imposible.

No obstante, después de treinta y un años de matrimonio, nos separamos.





## Repudiada

**L**a madrugada del 9 de febrero, 1992, desperté para oír a mi esposo decirme que tendría que buscar otro lugar donde vivir. Ya no me permitiría vivir en nuestra casa. Hablaba totalmente en serio, y era imposible razonar con él. Destrozada, pero con los sentidos dichosamente adormecidos, subí a la planta alta y permanecí sentada varias horas, sin poder hacer nada. No podía orar, aparte de gemir: “Dios mío, Dios mío. ¡Él no podía estar hablando en serio!” Si tan solo pudiera llorar, tal vez me podría aliviar un poco del peso abrumante que sentía en el estómago.

¿Adónde podría ir? ¿Qué podría hacer? Quería desaparecer, pero mi preocupación por mi familia no lo permitía... mi familia, ¿cómo iba a contarles las noticias trágicas a los hijos? Cuatro de los siete hijos aún vivían en casa, aunque eran adultos. Santiago, el hijo casado, vivía

cerca, y dos de los hijos vivían en otra comunidad.

Finalmente, decidí volver al dormitorio donde mi esposo dormía profundamente. ¿Cómo podía él dormir tan tranquilamente después de despedazar mi vida? Para mí, toda posibilidad de sueño se había desvanecido, pero me acosté a su lado hasta que fuera hora de levantarnos y enfrentar el día.

No pude obligarme a contárselo a los hijos. Me parecía cruel hacerlos pasar más tumulto y sufrimiento. Pero, diez horas más tarde, sabía que no podía esperar más. Llamé a los hijos, y les dije que me esperaran en la casa de mi hijo esa tarde.

Las emociones reprimidas de los hijos controlaron la conversación mientras intentábamos decidir cuales pasos tomar. Yo aún estaba en estado de shock.

Llamé a nuestro obispo para pedir su consejo. Él recomendó que, dadas las circunstancias, me separara, pues mi esposo me había ordenado hacerlo. También aconsejó que los hijos fueran conmigo. Sin embargo, al final, permití que decidieran o irse o quedarse.

Decidimos mudarnos temporalmente a la casa de Santiago y Juana y su pequeño hijo de seis meses, Jeffery. Volvimos a casa, y preparé la comida preferida de mi esposo: hamburguesas, macarrones y maíz dulce. Ésa fue la última vez que comimos juntos. Mientras las muchachas lavaban los trastos y limpiaban, yo traté de razonar con él una vez más. Pero le dije que si no había cambiado de pensar, saldríamos aún esa noche. Su rostro se

ensombreció mientras tomaba el sombrero y salía de la casa.

Caminé por la casa gimiendo con tormento, a veces doblándome por la agonía y clamando: “¡Ay, Dios, no puedo, no puedo irme! ¿Qué llevo? ¿Qué dejo aquí?”

Llevé solo mi ropa, mi marco para acolchar edredones, y cuatrocientos dólares que había recibido recientemente por un edredón. Mientras mis hijos cargaban la camioneta con las pertenencias, aún reservaba la esperanza de que mi esposo cambiara de pensar y me permitiera quedarme. Pensé que tal vez nos seguiría, para pedir que volviéramos, pero no lo hizo. Ese día aprendimos algo de lo que significa vivir en este mundo como extranjeros y peregrinos.

No teníamos hogar ni muchas posesiones terrenales aquella noche inolvidable en que dejábamos al hombre a que yo había prometido apoyar en toda circunstancia. Al dejarlo, ¿cómo podría cumplir la promesa solemne que había hecho a Dios ante los hombres? Quería obedecer y honrar a Dios en todo lo que hacía, pero no veía ninguna manera honorable de quedarme en semejante situación. No entendía como pudiera resultar en algo bueno. Mi esposo no me había dado opción.

Una profunda desesperación me sobrecogió. El salmista David describió muy claramente mi experiencia cuando rogó a Dios que lo sacara del “pozo de la desesperación, del lodo cenagoso”. En el Salmo 40:17, David reconoce que él está “afligido (...) y necesitado”, pero

confía en que “Jehová pensará en mí. Mi ayuda y mi libertador eres tú; Dios mío, no te tardes”. ¿Pensaría Jehová en mí también? Le dije al Señor que si la separación durara un año, no la aguantaría; el lodo cenagoso de seguro me vencería. Esa noche, acostada en cama en la casa de mi hijo Santiago, mi corazón estaba hecho pedazos mientras intentaba organizar los pensamientos confundidos.

En otro Salmo, David confiesa: “Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios” (Salmo 51:17).

Aunque no sabía cómo Dios pudiera aprobar mi vida, creo que vio mi corazón quebrantado y no lo despreció.

Se dice que el tiempo trae sanidad, y de algunas maneras es cierto, a pesar de que el dolor probablemente nunca desaparezca. Al mirar atrás por el camino rocoso y sinuoso que he pasado, es más fácil comprender el cuadro completo. Ahora puedo entender algunas cosas que antes no podía. Son éstas las lecciones que quiero compartir.



### 3

## En busca de respuestas

**D**espués de seis años de buen matrimonio, nuestra relación se desmoronaba poco a poco. Todavía experimentábamos muchos ratos buenos, pero la situación gradualmente se empeoraba. En desesperación comencé a leer todos los libros acerca del matrimonio que pude encontrar.

Durante años había orado que Dios me mostrara dónde estaba errando, y en qué pudiera mejorar nuestro matrimonio. Pero muchas veces me sentía culpable, creyendo que cuando las cosas no andaban bien, era por culpa mía. Tenía más preguntas que respuestas. ¿No eran correctas mis oraciones? ¿Oraba con motivos incorrectos? A pesar de analizarlo todo, no parecía poder identificar el problema ni lidiar con la desgracia.

Había orado muy fervientemente que no nos separáramos. Pero siempre había sucedido. Muchas mujeres tal vez se hubieran vuelto al alcohol o a las drogas para

mitigar el dolor, pero yo era cristiana; no podía hacer eso. ¿Qué podía hacer para aliviar ese horrible dolor emocional que me carcomía como un cáncer? Todas estas preguntas y el dolor del rechazo me llevaron a caer de rodillas. A veces las respuestas tardaban en llegar, pero poco a poco, con paciencia Dios me enseñaba.

Una noche leí un versículo que me dio esperanza y propósito. Las palabras de Dios eran: “Quita, pues, de tu corazón el enojo, y aparta de tu carne el mal; porque la adolescencia y la juventud son vanidad” (Eclesiastés 11:10). “Sí, Señor”, respondí, “realmente deseo hacerlo, pero ¿cómo puedo quitar el enojo de mi corazón, si las cosas solo van de mal en peor?”

Su respuesta fue clara: “No puedes cambiar a tu esposo, pero sí puedes empeñarte en mejorarte a ti misma y profundizar tu relación conmigo. Dios no me pedía ser responsable por las acciones de mi esposo. Era suficiente responsabilizarme por mis propias decisiones.

El hecho de haber hallado algo que hacer me emocionó. Enfocarí mis actitudes y reacciones a las circunstancias, sin importar lo que hiciera mi esposo. Más importante aún, necesitaba profundizar mi relación con Dios. Tenía una meta, y me examiné el corazón para saber si hubiera orgullo, resentimiento, amargura, envidia y desánimo. Busqué cualquier cosa que dañara mi relación con el Padre celestial.



## ¿Quién soy yo?

**E**l orgullo viene disfrazado de varias maneras. A veces nos convence de que somos mejores que otros, que merecemos más, que somos más dignos. A veces nos persuade que no somos nada. Ambos pensamientos son mentiras.

Hay ocasiones en que nos sorprenden las palabras de Jesús: “¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!” (Lucas 6:26). ¿Por qué temía tanto lo que otros pensarán de mí? El orgullo causaba que me ofendiera cuando los demás pensaban o hablaban mal de mí. Comprendí que este resentimiento era una manera sutil en que el orgullo lograba establecerse en mi vida.

Tenía que dejar de preguntarme qué estarían pensando los demás. Ellos nunca habían experimentado lo que yo estaba pasando, y esperaba que nunca lo pasaran. Dios solo requería que yo hiciera lo mejor posible, sin

importar como parecía a otros. Porque, “ellos, midiéndose a sí mismos por sí mismos, y comparándose consigo mismos, no son juiciosos” (2 Corintios 10:12). Compararme con los que me rodeaban me causaba sentirme inútil. Estaba cediendo a las mentiras de Satanás.

Cuando mi esposo inesperadamente explotaba en ira y acusaciones, mi reacción aturdida no era gritar ni defenderme. Más bien me sentía tan ofendida y apabullada que no podía responder correctamente; temía que hiciera o dijera algo que lamentaría para siempre. Cuando guardaba sentimientos o pensamientos negativos, reaccionaba inapropiadamente en los momentos menos esperados.

¿Cómo podía vencer todos mis pensamientos negativos? Hallé una clave importante en Filipenses 4:8:

Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad.

Al pensar en estas cosas, no hay cabida para los pensamientos negativos que Satanás se deleita en introducir en mi mente. Sometí la mente a la autoridad de Cristo, y la mantuve pura al reemplazar los pensamientos malos con pensamientos buenos. Así logré la victoria.

Dios me había mostrado claramente que solo esperaba que hiciera lo mejor posible. Él se encargaría de lo

demás. Parecía tan sencillo, pero era difícil no afanarme. ¿Qué tal mis reacciones impedirían que mi esposo volviera a mí?

Sin importar cuánto remordimiento tuviera, ni cuánto deseara poder cambiar, lo pasado era pasado. Cuando confesé mi pecado al Señor, él me limpió, y lo apartó de mí “cuanto está lejos el oriente del occidente”. ¡Alabado sea Dios! No tenía que seguir castigándome por mis fracasos. Por mí misma, no podía cambiar mi manera de pensar. Requería la auto disciplina y la gracia de Dios. Puedo testificar que la gracia de Dios es suficiente para mantener la mente y el corazón puro y santo, libre de enojo y amargura.

Dado que mis emociones no son confiables, necesito aferrarme de la verdad y recordarme de quién soy en Cristo. En él valgo lo mismo que la esposa más amada. En seguida les presento unas verdades que elijo creer:

- Jesús me ha aceptado; soy su hija. “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (Juan 1:12).
- Soy su amiga. “Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os he llamado amigos, porque todas las cosas que oí de mi Padre, os las he dado a conocer” (Juan 15:15).

- Me ha comprado por un precio alto. “Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” (1 Corintios 6:20).
- Pertenezco a él y soy miembro de su cuerpo. Soy llamada santa. “A la iglesia de Dios que está en Corinto, a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos con todos los que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, Señor de ellos y nuestro” (1 Corintios 1:2).
- He sido justificada. Mi cuenta está limpia. “Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (Romanos 3:24).
- He sido recibida como hija de Dios, y tengo acceso a él por medio del Espíritu Santo. “Porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre” (Efesios 2:18).
- He sido redimida, y todos mis pecados han sido perdonados. “Habiendo oído de vuestra fe en Cristo Jesús, y del amor que tenéis a todos los santos” (Colosenses 1:4).

- Estoy completa en Cristo. “Y vosotros estáis completos en él, que es la cabeza de todo principado y potestad” (Colosenses 2:10).
- Soy su hechura. “Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas” (Efesios 2:10).





## 5

### Escogeos hoy a quién sirváis

**A**prendí por experiencia que la separación de un matrimonio suele dejar puntos débiles; fisuras en las defensas de la esposa por medio de las cuales Satanás invade y construye sus baluartes sin que ella perciba lo que está sucediendo. El cónyuge infiel puede provocar reacciones indeseables y desagradables. Las personas que normalmente son tolerantes pierden la calma, respondiendo con enojo, regaños, odio, venganza, amargura y celos. Cuando se ha quitado la cobertura protectora de la autoridad espiritual que Dios da para guardar a la esposa de los ataques del enemigo, queda expuesta y vulnerable ante los ataques del diablo.

Es fácil encubrir la reacción con pretextos: “No puedo evitarlo. Me han ofendido tan profundamente”. Pero ninguna mujer puede culpar a su cónyuge por las acciones que en última instancia son su responsabilidad.

Decidimos como responder, y la respuesta sí es importante. Cuando señalo a alguien, tres dedos me señalan a mí. Dios dice: “¿Y por qué miras la paja [transgresión] que está en el ojo [la vida] de tu hermano [esposo], y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo [vida]?” (Mateo 7:3).

Mientras caminaba por el valle del dolor, muchas veces llegué a la misma encrucijada. ¿Deseaba andar por el camino de la venganza, el odio, la ira, y la amargura, o escogería el otro camino?

Cuando los que nos hacen mal reciben lo merecido, la naturaleza humana quiere celebrar, pero Dios dice:

Cuando cayere tu enemigo, no te regocijes, y cuando tropezare, no se alegre tu corazón; no sea que Jehová lo mire, y le desagrade, y aparte de sobre él su enojo (Proverbios 24:17-18).

No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor. Así que, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; pues haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza. No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal (Romanos 12:19-21).

Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? (Mateo 5:43-46).

El Señor no pide que el cristiano se asegure de que el “enemigo” reciba lo merecido; más bien, exige que encomienden todo al Juez justo, y oren por los que los tratan mal. Es difícil estar enojado con alguien por quien oramos frecuentemente. De hecho, la oración nos puede llevar a amar de maneras que nunca sabíamos ser posibles.

Estos son los destinos a los cuales nos llevan los dos caminos: uno nos lleva a ser una mujer enojada y resentida; el otro nos lleva a ser una mujer tierna, amante y misericordiosa. Todavía estoy caminando y llegando a encrucijadas, pero sé por cuál camino quiero andar.

Perdonar puede parecer un camino difícil, pero el sendero de la amargura es engañoso y traicionero, y Dios nos advierte en Hebreos 12:15 que la amargura nos puede destruir, diciendo: “Mirad bien, no sea (...) que brotando

alguna raíz de amargura, os estorbe, y por ella muchos sean contaminados”.

La amargura es un enemigo difícil de reconocer, y muchos que han experimentado ofensas como las mías, la llaman, equivocadamente, una ofensa profunda o una desilusión. Muchas veces su comienzo es sutil, y si no se identifica y supera, la amargura trae consigo muchos problemas. El estrés emocional causa severo cansancio, como lo hace el problema físico. Sin que lo percibamos, el ofensor llega a controlarnos la vida. Al enfocar más y más al ofensor y sus ofensas, nos llega a afectar los pensamientos, las metas y actitudes, hasta que lleguemos a ser como el que nos ofendió.

Dar cabida a pensamientos de amargura es una violación directa de las Escrituras.

Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad (Filipenses 4:8).

No solamente estaba amargada contra mi esposo, sino que también me hallé subconscientemente culpando a Dios de mis circunstancias. Pensaba: “Él pudiera cambiar esto.” “Pudiera haber evitado que esto sucediera.” “Si tiene el poder, ¿por qué no hace nada?” Es posible

que este tipo de pensamiento rápidamente se transforme en enojo y amargura contra Dios mismo.

Cuando reconocí mi amargura contra Dios, le pedí que me ayudara a vencer los pensamientos negativos. Una de las cosas más difíciles fue aprender a confiar en él. Escogí responder a la promesa del Señor:

Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas (Proverbios 3:5-6).

Muchas veces luchaba contra los poderes de las tinieblas, que amenazaban con hundirme. Aprendí a decir con Job: “¿Qué? ¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos?” (Job 2:10).

Los sentimientos negativos pueden causar ansiedad crónica, depresión, desconfianza, ira, resentimiento y odio. Rehúsar perdonar tiene consecuencias aún más graves. Si no perdonamos, nuestro Padre celestial tampoco nos perdonará.

Mateo 18 nos relata de un siervo que le debía a su señor diez mil talentos, y no los podía pagar. Cuando el siervo cayó a los pies del rey, pidiendo misericordia, el rey tuvo compasión de él, y le perdonó la deuda.

Este siervo entonces salió y halló a otro que le debía la pequeña suma de cien denarios. Lo sujetó del cuello, e insistió en que cancelara la deuda. El deudor imploraba

misericordia, pero el hombre a quien el rey acababa de perdonar no quiso escucharlo. Echó al consero en la cárcel hasta que pagara todo.

Cuando el rey oyó lo acontecido, se llenó de ira y entregó al siervo despiadado a los verdugos hasta que pagara toda la deuda. Rehusarse perdonar le salió caro. Jesús dijo: “Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas” (Mateo 18:35).

Los médicos han relacionado la amargura con respuestas físicas, tales como el ritmo cardiaco acelerado, la hipertensión, y el colesterol alto y el sistema inmunológico debilitado, lo que hace que el cuerpo sea más vulnerable a las enfermedades, incluso el cáncer. Ciertamente, el camino de la amargura es duro.

Sé muy bien que es posible desarrollar un espíritu de rencor sin percibirlo. Una joven que creía haber perdonado a todos aún experimentaba síntomas que resultan de la amargura. Al fin no aguantó más. No podía pensar en quién más perdonar. El consejero le preguntó:

—Has perdonado a todos los demás. Pero ¿te has perdonado a ti misma?

Sus ojos se llenaron de lágrimas al contestar:

—Creo que jamás lograré hacerlo.

Yo no había comprendido que cuando continuo castigándome por cosas de las cuales ya he pedido el perdón a Dios, en lo esencial estoy diciendo que la sangre de Jesús no es suficiente para quitar mi pecado. La duda y la

incredulidad no tienen lugar en la vida del cristiano. Jesús abrió las puertas de la cárcel, y nos toca a nosotros salir libres.





## Es necesario renunciar mi voluntad

“Renunciar mi voluntad” parece una admisión de derrota, y ciertamente Dios no nos llama a una vida de derrota. Sin embargo, Dios sí nos llama a ofrecer nuestras posesiones más preciosas en el altar de devoción. A veces nos las devuelve; en otras ocasiones, no. Dios pidió que Abraham sacrificara a su único hijo sobre el altar, y en Génesis 22 leemos que él obedeció. Cuando Dios vio su obediencia, le envió un carnero para sacrificar en lugar de su hijo.

Renunciar mi derecho a mi esposo fue una lucha para mí durante muchos años antes de separarnos. Vívidamente recuerdo una noche en particular. Esa noche rugía una de las muchas batallas espirituales que se libraron en mi corazón. Me di cuenta de que algunas de las batallas más difíciles no se libran en los campos de guerra, sino en el corazón.

Yo sabía a dónde se dirigía mi esposo aquella noche cuando salió de la casa, y los celos rugían en mi corazón. Mi dolor se mezclaba con enojo, y pensé: “Si tan solo pudiera agarrarlo, le daría unas lecciones”. Después de haberse ido, fui al dormitorio y caí de rodillas. No podía orar. Solo podía decir: “Ay, Dios mío, por favor”. Lloré desesperada y enojada hasta que no podía llorar más. Parecía que mi oración sincera no pasaba del cielo raso.

Al fin, mi espíritu se calmó, y el Espíritu Santo me susurró: “Hija, nunca serás feliz sintiéndote así”. La batalla rugía con una violencia que me rompía el corazón. Por un momento creía haber renunciado mi derecho a mi esposo. En el próximo instante me asía fuertemente de él porque temía perderlo. Rogaba: “Ay, Señor, no puedo. Él es mío, no de otra. ¡No puedo renunciarlo!”.

¿Cómo podía Dios pedir que renunciara todos mis preciosos sueños de un feliz hogar cristiano? ¡No pedía nada malo ni en contra de la voluntad de Dios! Después de lo que parecían horas, entregué a Dios todos mis derechos a mi esposo. Ahora podía decir sinceramente: “No se haga mi voluntad, sino la tuya”.

Recordé la batalla que Jesús libró en el huerto de Getsemaní para poder decir estas palabras. Cumplió su promesa y murió una muerte terrible. Yo no estaba siendo crucificada literalmente. Solo estaba participando de sus sufrimientos.

Aunque mi corazón se destrozaba, oré: “Señor, te lo doy a ti. Si lo pierdo, lo pierdo. Quiero tu voluntad.

Señor, sostenme. No me dejes resbalar. Sé que no importa qué suceda, tú irás delante de mí y me ayudarás a llevar la carga.”

Sonríó cuando recuerdo que al regresar mi esposo en esa ocasión, estaba muy contenta de verlo. Me olvidé completamente de que estaba enojada. De alguna manera, la gracia de Dios alivió el enojo y lo sustituyó por misericordia; tuvo que haber sido un milagro.





# 7

## Ganamos la batalla, pero la guerra continúa

Quando logré la victoria aquella noche memorable, Challé descanso. Había ganado una batalla, pero la guerra continuaba rugiendo. Hubo otras batallas, pues continuamente me enfrentaba con nuevas circunstancias.

Después de separarnos, el poco contacto que tenía con mi esposo ocurría cuando pasaba por la hacienda donde habíamos vivido. Si era dichosa, lo veía mientras trabajaba. A veces nos encontrábamos en el camino. Estos encuentros siempre me dejaban sin aliento. Este era mi esposo, a quien yo le había prometido la vida. ¡Cuánto anhelaba sentarme con él para hablar las cosas y resolver los desacuerdos! Si tan solo me hubiera saludado él con la mano o sonreído, o aun hubiera reconocido mi presencia, mi corazón habría rebotado de alegría.

Pero eso nunca sucedió, y cada vez acababa sintiéndome impotente y totalmente derrotada. Había perdido

mi identidad. Por más que quisiera ver a mi esposo, cada encuentro me dejaba emocionalmente agitada, con otra batalla por delante.

Mi corazón clamaba: “Ay, Dios mío, ¿por qué me ha abandonado él completamente? Señor, tú debes estar haciendo lo mismo. ¿Por qué parece que no hay esperanza?”

Muchas veces, la noche después de ver a mi esposo, yo lloraba y oraba hasta las horas de la madrugada, rogando que Dios tuviera misericordia de él, de mí, de nuestra familia y de nuestro matrimonio. ¿Dónde estaba Dios? Mi corazón lloraba: “No me desampares, oh Jehová; Dios mío, no te alejes de mí” (Salmo 38:21).

Cuando abría la Biblia, muchas veces pedía que Dios me mostrara un capítulo o algún versículo que me daría la gracia y la fuerza para lograr vencer la batalla otra vez. Hallé muchos versículos que reclamar y estimar. Al leer los salmos y abrazar sus verdades, muchas veces sentí alivio, permitiéndome cierta medida de sueño y paz. La Biblia era mi fuente de consuelo; a veces la única que tenía.

En lugar de negar el dolor o luchar en su contra, hallé que abrazar, reconocer y aceptar completamente el profundo dolor emocional me ayudaba a sobrellevarlo. Permitir a Dios hacer su perfecta obra en medio del dolor me traía un bálsamo sanador.

Sin embargo, experimentar sanidad luego de una separación matrimonial no resuelta es un proceso que acaba solo con la muerte. El Señor dice claramente: “Así que no son ya más dos, sino una sola carne; por tanto, lo que

Dios juntó, no lo separe el hombre” (Mateo 19:6). Solamente la muerte pondrá fin a la realidad del matrimonio quebrantado.

*No es siempre en pastos verdes  
Que me guía con amor  
Aquel que conoce mi corazón.  
A veces es en caminos fatigosos,  
entre sombras oscuras.  
Entonces, ya sea que more en las cumbres  
altas y bellas,  
O en los valles sombríos,  
Lo que importa es que él está allí.  
—Berry.<sup>1</sup>*

Cuando somos tentados a dudar de la mano suave de Dios, no nos pide que tomemos un solo paso que no podamos aguantar. Si tememos el próximo paso, él nos fortalecerá o detendrá el proceso para que no tengamos que pasarlo. Podemos confiar en él. Irá delante de nosotros, sosteniéndonos y guiándonos para que no caigamos.<sup>2</sup>

La Palabra de Dios dice:

No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que

---

1 Tomado de *Manantiales en el desierto*  
2 Ibid.

no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar (1 Corintios 10:13).

¡Esto es una promesa!



## Tesoros

**F**ue una lucha renunciar mi “derecho” a las posesiones materiales. Este era otro asunto que Dios me pedía poner sobre el altar, pero en comparación con la pérdida de mi esposo, las posesiones ciertamente valían poco. Nuestra hacienda estaba inscrita a nombre de los dos; dos años después de la separación, mi esposo me llamó, preguntando si yo firmaría para que él la pudiera vender.

Le pedí que me diera tiempo para pensarlo. Algunas personas preocupadas me aconsejaron rehusar si él no prometía darme lo que era legalmente mío. Yo no quería firmar; sabía que perdería la mayoría de mis posesiones materiales. Pero ¿cuál decisión hablaría más claramente a mi esposo? ¿Qué le diría mi decisión acerca de mí y mi amor por él? ¿Qué debía escoger para reflejar la naturaleza redentora de Dios, que yo deseaba que él hallara otra vez?

Al examinar las Escrituras y rogarle a Dios que me guiara, hallé las palabras de Jesús. Si alguien me quita la túnica, debo dejarle también la capa. No pude hallar ningún pretexto para pelear por mis derechos. Sentí que Jesús claramente me dirigía a entregar la injusticia del asunto a él, el Juez justo. Nuestras posesiones terrenales le pertenecían a él. Si Dios quería que yo tuviera mi parte, causaría que mi esposo me la diera. Si él no cambiaba de pensar, Dios mismo proveería por mí. Solo tenía que confiar en él.

Otros varios pasajes, especialmente Hebreos 10:34-35 y 1 Pedro 2 y 3 parecían ser escritos para mí. No recibí ningún dinero, sin embargo, era muy rica en comparación con mi esposo. Bien que él tuviera la mayoría de nuestras posesiones materiales; yo tenía los tesoros que importaban en la eternidad. No podían ser destruidos por polilla, ni orín, ni ladrones. Tenía a todos los hijos; habían escogido seguir conmigo. Tenía a Dios; nadie me lo podía quitar. Mi consciencia estaba limpia ante Dios y los hombres: ya no me acusaba constantemente.

Nos reunimos ante el abogado para firmar. Todo parecía tan natural, tan completo y perfecto. Ah, sí tan solo pudiéramos olvidar el pasado con sus luchas y seguir adelante en paz.

Unos días más tarde, mi esposo me llamó por teléfono para saber si estaría en casa para él llegar. Quería que yo endosara el cheque, pues se había hecho a nombre de ambos. Él nunca había llegado a la casa donde yo vivía

ahora, y yo estaba nerviosa. Él vivía a unos tres kilómetros, y pronto llegó a la puerta. Me entregó el cheque, me dijo dónde firmar, y se fue. Se fue. ¡Se fue! Pronto se trasladó a una casa aún más cercana a la nuestra, pero lo veía muy poco.

¿Me estaba dejando pisotear al permitir que él se quedara con todo? Tuve que pensar en Jesús, el ejemplo perfecto de alguien que agradó a Dios. Aunque era dueño de todo, ni siquiera insistió en un lugar dónde recostar la cabeza.

Mis hijos y yo quedamos inundados de comida y artículos para el hogar por parte de la comunidad y de la iglesia. Proveyeron todo lo que necesitábamos para establecernos de nuevo. Era un tanto humillante aceptar tantas dádivas; en fin, no era su responsabilidad, y pudieran haber argumentado que yo había escogido darle todo a mi esposo.

En algunas ocasiones es más fácil dar que recibir. Supongo que, para que alguien dé, otro tiene que recibir. Pero ¿por qué yo? Aunque era muy humillante, mi corazón rebozaba de gratitud y alabanza al sentir el cuidado y el amor de los que me rodeaban. De verdad el Señor me quitó mucho; luego me dio mucho por medio de su pueblo amado.

Un día estábamos en la casa de mi hijo, procesando maíz, cuando uno de los muchachos llegó y me dijo:

—Papá se está trasladando a otro estado.

Al oírlo, se me afligió el alma. Pasé el resto del día

aturdida, mi corazón lleno de agitación. Clamaba: “Ay, Dios, por favor, ¡no permitas que se vaya! ¿Qué haré si no lo vuelvo a ver?”

Necesitaba desesperadamente poder lidiar con esto a solas con Dios. La esperanza de reconciliación estaba destrozada. Ya había oscurecido cuando salí de la casa de Santiago. Pasé frente a la casa donde vivía mi esposo. No se veía luz alguna.

Conduje hasta mi casa, casi cegada por las lágrimas. Entré en la casa, donde nadie me oyera llorar. Me tiré en la cama, y lloré hasta más no poder. Creí que nunca dejaría de llorar; ¡mi precioso esposo se marchaba!

Pensé: “De todas formas, será mi esposo mientras yo viva, no importa con cuántas mujeres se case”. Era el compromiso que habíamos hecho ante Dios y los hombres.

Una vez más tomé mi preciosa Biblia y hallé el consuelo para poder seguir adelante. Leí:

¿Por qué te abates, oh alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Espera en Dios; porque aún he de alabarle, salvación mía y Dios mío (Salmo 42:11).

“¡Espera en Dios!” ¿Qué más podía hacer? Desde el día en que se trasladó a otro estado, ninguno de la familia ha hablado con él, ni le ha visto. No sabemos dónde está.

Llegó el momento en que me pregunté si debía buscar

un empleo. Mis hijos se opusieron, diciendo que preferían mantenerme. Querían volver del trabajo para estar con la madre en vez de volver a una casa vacía. Necesitaban el apoyo y sentido de hogar que yo les podía dar, especialmente ahora que no tenían padre.

Sentí que debía hacer caso a los hijos. Al observarlos hoy sirviendo al Señor todos, soy bendecida y galardonada ampliamente por cualquier sacrificio que hice. Mis hijos me han mantenido muy bien económica y físicamente, y Dios los ha bendecido ricamente.

Algún tiempo después, le dije a mi hijo que cuando ellos ya no me necesitaran, me gustaría trabajar en una tienda. Mi nieta de cuatro años, que me oyó, dijo:

—Pero, Abuelita, tal vez yo te necesite todo el tiempo.

Eso resolvió el asunto para mí. ¿Pudiera hallar un mejor llamado e influencia? Bien reza el dicho: “La mano que mece la cuna es la mano que gobierna al mundo”. Ya no mezo cunas, pero mi casa aún es un hogar para mi familia. Jesús dijo en Mateo 6:21: “Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón”. Mi familia es un tesoro cuyo valor no se puede calcular.





## La construcción de la fe y la casa

**A**unque los verdaderos tesoros son guardados en el Cielo, existen las necesidades físicas. Trasladarme de casa cuatro veces en cinco meses definitivamente ayudó a desarrollar mi confianza en Dios. Después de mucha oración y consejos de otros cristianos, compramos un lote donde pensábamos construir una casa. Pero ¿cómo podíamos construir sin dinero? Una noche, mientras luchaba con el asunto, le dije al Señor que si él quería que construyéramos, él tendría que hacerlo. Parecía una aplicación demasiado literal del versículo: “Si Jehová no edificare la casa, en vano trabajan los que la edifican” (Salmo 127:1).

Después de entregar la construcción de mi casa a Dios en fe, la obra comenzó. Él envió un buen carpintero que ofreció construir la casa con la ayuda de voluntarios de entre la comunidad. Un cuñado se encargó de la mayor

parte del papeleo, y de encaminar la obra en nuestro lote lleno de maleza. Unas amistades me prestaron dinero sin cobrar intereses, y también hubo donaciones. Dos meses después de que fueron cavados los cimientos, nos trasladamos a nuestra casa terminada.

El corazón se nos llenó hasta rebosar al ver como el Señor suplía las necesidades. Mis hijos ayudaron tanto en la construcción de la casa como también en la cancelación de las deudas que incurrimos. Todo esto nos dio la seguridad que tanto necesitábamos de que Dios no nos había abandonado.



# 10

## El rechazo y la soledad

**F**ue difícil para mí lidiar con el rechazo y los sentimientos de inutilidad que lo acompañan. La noche en que, sentada en la cama, oí a mi esposo decir: “Necesitas hallar otro lugar donde vivir; no puedes quedarte aquí”, sus palabras me golpearon tanto que me sentí aturdida; no podía hacer nada correctamente. Sentí que no tuviera valor alguno, como una basura que se desecha. Me culpaba a mí misma por el fracaso del matrimonio.

Enfrentar a mis amistades fue muy difícil. Lo creí imposible. Pero sabía que entre más esperaba, más difícil sería. Estaba segura de que todos creían que yo debía ser una mujer terrible si ni aun mi esposo me soportaba. Cuando al fin me animé a salir, deseaba esconderme en un rincón. El cónyuge infiel destruye todo sentido de valor personal.

Hoy, años después, aún siento vergüenza de que

personas no cristianas sepan que estoy separada de mi esposo. Es una deshonra al nombre de Dios, y un mal ejemplo. Debíamos haber podido arreglar el asunto.

Descubrí que interesarme en otros me hacía sentir mejor. Cuidar a niños de otros y acoger a niños de forma temporal fueron maneras en que pude permitir que el amor fluyera nuevamente en mi corazón. Después de cinco años, nuestro hijo menor se casó. También dejé de cuidar a dos niñas que había llegado a apreciar mucho. Otra vez me sentí sola y abandonada. No quería hacer más que quedarme sentada en la mecedora y llorar.

Frecuentemente lloraba cuando me encontraba sola. La tristeza me abrumaba el alma. Más tarde un consejero me dijo: “Lograste salir victoriosa porque pudiste llorar”. Las lágrimas no son una desgracia; llorar ante Dios puede traer descanso y limpieza. Las lágrimas suavizan el corazón, mientras que suprimirlas lo endurecen.



## Un caminar diario con Jesús

**A**unque hubiera sido sumamente fácil permitirme la autocompasión, la amargura y la venganza, había una manera mejor de responder. Jesús pidió que abrazara el camino de la paz, y continúo escogiendo el camino que él enseñó. Nunca me he arrepentido de ello.

He hallado que puedo confiar en mi Jesús. Juntos, estamos de camino a nuestro hogar. Él me lleva de la mano, y en los valles difíciles me lleva en sus brazos.

Muchas veces tuve que esforzarme para concentrarme solo en el presente, disfrutar lo que estaba sucediendo y recordar que el momento presente no se repetía. Cuando imaginaba los días venideros, me hundía en la desesperación. Tenía que dirigir mi atención a mi Padre celestial y no a las circunstancias aparentemente imposibles. Dios quería llenar el vacío que sentía por la ausencia de mi esposo, aunque también necesitaba a alguien de carne y

hueso con quien pudiera hablar y compartir. Tenía miedo de confiar en otro mis luchas internas, y esta soledad me llevaba a acercarme más a Dios.

Los ratos que pasé a los pies de Jesús fueron importantes, aun cuando no sentía voluntad de tomar el tiempo para estar con él. Cuando no pasaba tiempo a solas con Dios, mi vida espiritual pronto se marchitaba; aprendí que era esencial si quería hacer más que solo sobrevivir. A veces no hallaba las palabras para orar, ni logré prestar atención a lo que leía en la Biblia; solo llegaba ante él con gemidos y clamores del corazón, pero él oyó y me comprendió.

Como alguien dijo: “Cuando llegues al pie de la montaña, no te detengas, sube aún más alto”. Podemos alcanzar un plano espiritual más alto de lo que jamás soñamos. Cada montaña que enfrentamos es una oportunidad para subir más alto. Cuando miramos hacia atrás, nos maravillamos al ver la gracia y la dirección de Dios.

Por lo tanto, muchas veces me forzaba a continuar, aun cuando lo que deseaba hacer era sentarme al pie de la montaña y gritar: “No puedo”. Jesús ya había recorrido este camino, y me propuse seguirlo de cerca, paso a paso. Solo en él podría llenar el vacío que sentía. Cristo quería darme gloria en lugar de cenizas y gozo en lugar de luto; así que, era imperativo permitir que me llenara de gozo rebosante, a pesar de las circunstancias. Logré regocijarme otra vez, aunque era agrídulce.

Puedo decir honradamente que el amor de Dios

siempre ha brillado aún en la noche más oscura, y agradezco y alabo de todo corazón a mi precioso Redentor por cumplir sus promesas. Durante mucho tiempo Juan capítulo 14 ha sido muy precioso para mí. Jesús prometió darme un Consolador. He experimentado su consuelo, no solo por medio de su obra en mi corazón, sino también por medio de mis hijos y la iglesia. Ellos son su pueblo que me dieron palabras de ánimo, me llevaron comida y me dieron otras pruebas de amor y servicio.





## 12

### Dad gracias en todo

**M**uchos días, en lugar de gozar de mis bendiciones, enfocaba todas las injusticias que recibí. Creía que tenía el derecho de tener lástima de mí misma, pero recrearse en el hecho de que la vida no es justa no me ayudaba en nada. Dios me dio algunos versículos que me ayudaron a superar una etapa de desánimo profundo. He aquí, algunos de ellos:

[Séais] arraigados y sobreedificados en él, y confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados, abundando en acciones de gracias (Colosenses 2:7).

Dando siempre gracias por todo [o en todo] al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo (Efesios 5:20).

No somos naturalmente agradecidos en situaciones desagradables. Más bien, yo quería gritar, rabiar, culpar a otros o ceder al desánimo. Fue imposible, en mis propias fuerzas, regocijarme en el sufrimiento, pero con Dios todo es posible. Tuve que estar muy atenta, especialmente cuando mi esposo solo me criticaba.

Descubrí que el desánimo era una de las herramientas más efectivas del diablo para destruirme. No podía darme el lujo de cargar este peso. Pero ¿cómo podía estar verdaderamente agradecida? Aprendí que la elección es mía por la gracia de Dios. Él está en control de todo y no permite nada que no pueda convertirse en algo bello. Él es maestro de la artesanía y forma los vasos para su gloria.

Ahora pues, Jehová, tú eres nuestro padre;  
nosotros barro, y tú el que nos formaste;  
así que obra de tus manos somos todos nosotros (Isaías 64:8).

El barro no puede formarse en algo útil por sí solo. De la misma manera, dependemos de Dios para convertirnos en algo bello y útil. Él lima nuestras asperezas para que seamos útiles en su servicio. Porque nos ama tanto, se esfuerza muchísimo para hacer de nosotros lo que quiere. Él mira más allá de las circunstancias presentes al producto acabado, y es por eso que podemos agradecerle.

Dar gracias a Dios en todas las circunstancias no

significa que le agradecemos los males, sino su propósito final en permitir lo sucedido. Y agradecemos la transformación tan magistral que logra en nuestra vida. Él nunca es responsable por los pecados cometidos, pero es capaz de utilizar las maldades de otro para lograr su propósito.

Si unos impíos no hubieran crucificado a Jesús, no habría salvación para nosotros. Por supuesto, tuvieron que aceptar las consecuencias de sus acciones, a pesar del resultado maravilloso.

La gratitud verdadera cambia los pensamientos negativos en alabanza, pues la amargura y la tristeza no pueden existir en el corazón agradecido. En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, necesitaba echar de la mente la basura que amenazaba con hundirme. Comprendía que me podía carcomer como el cáncer que no tiene cura. Gracias a Dios, sí hay una cura para este cáncer: el Señor Jesucristo. Al enfocar su grandeza, amor y fidelidad, él me ayudaba a no solamente pensar en mí misma y mi sufrimiento.





# 13

## Sufrir con el Señor

**L**as Escrituras hablan mucho acerca del sufrir por causa de la justicia y aun regocijarnos en el sufrimiento. Pedro escribió: “Si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello” (1 Pedro 4:16). ¿Quién siente deseos de regocijarse cuando ha sido maltratado? Una hermana sabia me señaló una verdad en 1 Pedro 2 y 3. Nunca antes había asociado estos dos capítulos, el uno con el otro, pero ahora comprendía claramente la conexión. Me introduje a mí misma en los versículos:

Porque esto merece aprobación, si [yo] a causa de la conciencia delante de Dios, sufr[o] molestias padeciendo injustamente. Pues ¿qué gloria es, si pecando so[y] abofetead[a], y lo soport[o]? Mas si haciendo lo [mejor que puedo] sufr[o], y lo soport[o],

esto ciertamente es aprobado delante de Dios (1 Pedro 2:19-20).

Noté que estos versículos hablan de soportar. Es difícil esperar y aguantar cuando las cosas se están saliendo de nuestro control. Sin embargo, alguien ha traficado este camino antes que yo, mostrándome como seguir.

Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas; el cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca (1 Pedro 2:21-22).

Según el versículo 23, cuando maldecían a Jesús, o lo acusaban, no buscaba vengarse. Muchas veces mi primer impulso ante alguna acusación era reaccionar. ¡Cuán fácil era proferir palabras cortantes que ofendían y quebrantaban a aquellos a quienes más amaba y apreciaba! Sin embargo, no fue ésa la respuesta de Jesús, y ni tampoco debía ser la mía. De su boca no salió ninguna palabra mala, a pesar del trato tan cruel que recibió injustamente.

El capítulo 3 hace práctico el ejemplo de Cristo de manera conmovedora: “Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos”. ¡Asimismo! ¿Qué más podrá esto significar si no es que como esposa debemos responder al esposo de la misma manera en que Cristo respondió a sus acusadores, aun cuando sufrimos el abuso físico o verbal? Él fue nuestro ejemplo perfecto, y

debemos hacer imitarlo.

El capítulo 2 dice de Cristo: “quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero (...) por cuya herida fuisteis sanados”. Él hizo esto para que nosotros pudiéramos ser libres. Ahora es posible para sus hijos participar de sus padecimientos.

Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo (1 Pedro 4:12-13).

¿Qué significa participar de los padecimientos de Cristo? Sufrir con él es, en parte, compartir la experiencia con él. Cuando enfrentamos el rechazo y dolor como los experimentó él, y cuando invitamos su presencia a acompañarnos en el sufrimiento, participamos del sufrimiento de Jesús. Él, mejor que nadie, conoce el dolor personal que nos agobia en los momentos más oscuros.

Como esposa rechazada, 1 Pedro 3:1-18 me dio consuelo, afirmación y dirección. Aquellos que han sufrido rechazo pueden más fácilmente entender lo que Jesús sufrió por nosotros cuando fue rechazado. Es más difícil para los que no han pasado situaciones similares entender y solidarizarse, pero Cristo comprende perfectamente, pues él las experimentó. Cuando respondemos como Jesús respondió a su Padre celestial, participamos de sus padecimientos.





# 14

## Un siervo de Dios disfrazado

¿Será verdad que Dios pueda usar a mi esposo ofensor como agente para lograr su propósito particular en mí? Esta perspectiva puede ser una sorpresa para ti, pero para mí es un pensamiento precioso y muy personal. Todo dolor y lucha tiene un propósito, y creo que Dios pretende transformar la fealdad en algo bello. Es mi responsabilidad descubrir lo que Dios quiere lograr en mí hoy; sea que yo lo entienda o no.

Muchas veces pienso en la historia de José. En Génesis 37 leemos de como, a los diecisiete años, sus hermanos le robaron la especial túnica multicolor que su padre le había dado y lo echaron en un hoyo para que muriera. Luego cambiaron de pensar, lo sacaron y lo vendieron a unos ismaelitas.

En Egipto, fue comprado por Potifar, un oficial de Faraón, solo para ser acusado falsamente de acosar a la

esposa de Potifar. Cuando llegó a oídos del amo, lo echó en la cárcel.

A la edad de treinta años, José fue puesto en libertad para que interpretara los sueños del rey. Faraón lo hizo gobernador de todo el país, y su visión del futuro y su administración salvaron a muchos durante los siete años de hambre.

Entre los que salvó estaban sus hermanos, que vinieron a Egipto para comprar alimentos que José había almacenado durante los siete años de abundancia que precedieron a la hambruna. Después de que se dio a conocer a sus hermanos, dijo: “Así, pues, no me enviasteis acá vosotros, sino Dios (...) Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien” (Génesis 45:8; 50:20).

Hay muchos momentos oscuros en la historia de José; el plan divino estaba escondido en un hoyo, detrás de las rejas de la cárcel y en cadenas. José no podía ver un futuro brillante en ninguna de estas experiencias. Comprender que la vida de José resultó ser la manera en que Dios salvó la vida de muchos me ha llenado de amor y compasión por los que están ofendidos y luchan.

Conforme Dios proveyó para nuestras necesidades mientras vivíamos como extranjeros y peregrinos, mi fe y confianza en él se fortalecieron rápidamente. ¿Por qué era necesario perder todo mi apoyo terrenal para poder aprender a depender de mi Padre celestial y confiar en él? Tal vez era muy independiente, y no percibía la realidad de mi necesidad.

Al fin quise ser más agradecida por los buenos recuerdos de los años que pasamos juntos en lugar de cavilar acerca de lo que me faltaba ahora. Pasé por el mismo proceso de duelo que pasa el que ha perdido a un ser querido por la muerte, solo que mi experiencia continuaba. Tenía que lidiar con el asunto ves tras ves. Finalmente pude decir con Job:

Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá. Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito (Job 1:21).

Volví de un seminario para personas provenientes de hogares quebrantados en el Retiro Cristiano de Penn Valley, Pensilvania, EE.UU., creyendo que tal vez Dios sí tenía un propósito para mí. Reconocer que tengo un Padre celestial sabio y amoroso obrando a mi favor me ayudaba a evitar la amargura.

Los que han sido rechazados jamás piensan que Dios quiere lograr sus propósitos en ellos. Al intentar seguir adelante sin aquel de quien dependíamos más, los pensamientos negativos son abrumantes, amenazando con hundirnos. En las primeras fases de mi experiencia, casi lo único que logré fue sobrevivir. Necesitaba la confianza de que Dios tenía planes especiales para mí, y que podía usar cada incidente en mi vida para su gloria. Aún estoy matriculada en la escuela de Dios; aún estoy aprendiendo.

Las mujeres comunes pueden superar las muchas circunstancias que parecieran adversas por medio del nombre y el poder de Jesús, y por medio de su sangre que limpia los pecados. La habilidad de seguir sin desmayar viene de conocer y obedecer a Dios, no de enfocar las injusticias que hemos recibido en la vida. Se exige la gracia de Dios para superar estas situaciones difíciles, pero se puede hacer.



# 15

## Lo que quiero que toda esposa sepa

### Alabanza

**N**ingún matrimonio es perfecto, pero la verdad es que vivir con algunas personas es casi imposible. Sin embargo, hay algunos secretos que pueden hacer una diferencia en el matrimonio. Hubiera querido saber estas cosas hace muchos años.

La admiración sincera y las palabras afirmativas hacen prosperar al hombre. No sé por qué es tan difícil para la mujer alabar los puntos fuertes del esposo. (¡Sí, todo hombre los tiene!) Esperar hasta que se convierta en el esposo perfecto para decirle lo que aprecias de él, será demasiado tarde. Tal vez requiera aplicación, humildad y resolución de tu parte, pero vale la pena. Aprecia sus esfuerzos, aunque no haya hecho algo exactamente como tú querías.

Mi esposo es talentoso; puede hacer casi cualquier

cosa. Su determinación lo lleva a lograr mucho. Lo que hace, lo hace bien. Él enseñó estos valores a los hijos. Me encanta ver estas cualidades en ellos. Ojalá que mi esposo nunca pensara que yo ignorara o menospreciara sus habilidades y valía como hombre.

Oí decir a una esposa que ella busca alguna cualidad positiva en el esposo. Luego la comenta a los hijos, aunque sea algo tan sencillo como que puede freír un huevo mejor que ella. Ella se admiró de como sus hijos captaron esta actitud; les fue de mucho provecho oír cosas positivas acerca de su esposo. A fin de cuentas, la esposa no es la única que sufre cuando fracasa el matrimonio, los hijos también son ofendidos.

Si los hijos aman al padre, y no oyen nada aparte de críticas negativas acerca de él, destruirá su aprecio por aquel a quien Dios ha mandado que amen y respeten. Además, les causará dolor menospreciar al que desean seguir con admiración. Como madres y esposas, muchas veces somos más responsables por las acciones de los hijos de lo que creamos.

Una esposa ofendida una vez preguntó qué debía hacer si no hallaba nada digno de alabanza en el esposo. Si tenemos una actitud negativa, será realmente imposible hallar algo bueno. Podemos pedirle a Dios que nos muestre cualidades en el esposo que son dignos de alabanza. Todos tenemos por lo menos un punto positivo, pero, las ofensas muchas veces nos ciegan a él, y esto alegra a Satanás.

Si el esposo oye solamente quejas, críticas y palabras ásperas cuando está en casa, ¿por qué intentaría complacer a la esposa? Avergonzar en público al esposo, o contar sus errores a otros de seguro lo alejará. Por otro lado, escuchar una palabra amable y positiva de la esposa o de los hijos, especialmente en público, puede mover positivamente el corazón del hombre.

Con todo esto, algunos hombres hallan difícil aceptar el verdadero amor y las palabras afirmativas. Esto me confundía. Parecía que mi esposo deseaba amor, pero le costaba aceptarlo, y más en los últimos años que estuvimos juntos. ¿Debía actuar como si no lo amara, o debía demostrar amor, aunque lo molestara? Es útil conocer el lenguaje de amor del esposo. Ahora me pregunto si su lenguaje de amor fuera tan diferente del mío que sencillamente no sabía relacionarme con él. Honradamente, no he podido identificar el lenguaje de amor de mi esposo.

### **Contención**

Salomón escribió acerca de la mujer contenciosa—la esposa que argumenta, se molesta, se queja, y no está nunca satisfecha. Es como una gotera continua de la que no podemos escapar. Tal mujer no se puede acallar; es como tratar de detener el viento.

Gotera continua en tiempo de lluvia y la mujer rencillosa, son semejantes; pretender

contenerla es como refrenar el viento (Proverbios 27:15-16).

He oído de prisioneros forzados a sentarse bajo una gotera que cae continuamente sobre ellos hasta que se vuelvan locos. ¿Será que volvemos loco al esposo con nuestras contiendas?

“Contencioso” significa: “Que por costumbre disputa o contradice todo lo que otros afirman”.<sup>3</sup> Aún hoy tengo que evaluarme a mí misma, para determinar si soy contenciosa, quejosa, enojada, y difícil de complacer. Contesta estas preguntas: ¿Qué sucede si la persona que lava los trastos no hace bien el trabajo? ¿Qué tal tu esposo o hijo tiende la ropa, pero lo hace mal? ¿Qué tal alguien ensucia el piso con zapatos enlodados? En estas situaciones, ¿qué haces o dices?

Especialmente para el perfeccionista, estas cosas pueden ser un problema, pero por causa de la paz y la armonía en el hogar, la mujer piadosa aprende a pasar por alto algunos errores y aceptar la sinceridad de la persona. El efecto de esta consideración dura muchos años.

Siempre me duele cuando oigo a una mujer responderle contenciosamente al esposo. ¿Por qué querrá el hombre complacer a la esposa si ella critica todo lo que hace? Puede ser que la mujer no comprende lo que hace, por lo que hay que enfatizar el llamado a estar consciente de la forma de responder a su esposo.



# 16

## Actitudes y maneras de responder

Con el paso del tiempo, he aprendido que la manera en que la esposa responde al esposo en situaciones adversas puede ser crucial en la familia. Determina como los hijos responderán a la vida, a los padres, y a Dios. Cuando yo sentía que ya no soportaba las pruebas, pude ver mis actitudes reflejadas en los hijos.

Al responder a una situación en particular, parecía que me traspasaban siete pares de ojos. Por dentro, rogaba: “Por favor, no me miren en este momento”.

En una ocasión, mis hijos adolescentes y yo dialogamos de un problema en la iglesia. Más tarde, al oírlos hablar del asunto en términos aún más negativos de los que yo creía haber usado, me impactó este pensamiento: “Ellos captaron mi actitud.” ¿Cómo esperaba que llegaran a ser miembros fieles y respetuosos de la iglesia, si yo les faltaba el respeto a los que están en autoridad?

Pedí disculpas y les dije a los hijos que necesitábamos orar por los líderes en lugar de criticarlos; sin embargo, lamentablemente, es imposible retractar lo dicho.

Era indiscutible lo que Dios quería de mí: Que respetara y honrara a mi esposo, sin importar las razones que hallaba por las que no hacerlo. Necesitaba obedecer este mandamiento con un corazón amoroso y dispuesto, aunque fuera contrario a mi naturaleza humana.

Fue con una profunda preocupación por la salvación de mis hijos, que llegué ante el Señor en desesperación, cuando, en esos primeros años mi esposo me dijo un domingo por la mañana que no seguiría asistiendo a los cultos. Me informó que: “Si estos niños acaban mal, será tu culpa”.

Las tentaciones del diablo me llevaron a creer que, según las circunstancias, era inútil intentar criar a mis hijos para Cristo (en ese tiempo tenían entre dos y doce años). Casi me di por vencida, pero el amor por los hijos me hizo seguir adelante. Libraba batallas espirituales por ellos con mi ejemplo, con la enseñanza, y con la intercesión por ellos en oración. Le dije a Dios que sería imposible hacerlo sola; él tendría que hacerlo por mí. Él tendría que tomar el control. Creo que hizo lo que prometió en Romanos 8:26:

Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el

Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles.

Sabemos que vemos más claramente el pasado que el futuro. Muchas veces oré a Dios, pidiéndole que mejorara la situación para que mis hijos no se desanimaran al punto de renunciar a seguirle. ¿Por qué permitía que llegara a ser tan difícil?

Ahora entiendo que el Señor usaba estos tiempos difíciles para transformarme más en la imagen de Jesús. Debiera haber orado, no para ser librada de las pruebas, sino para ser enseñada por Dios mientras permitía al Espíritu Santo controlar mi vida. La vida fácil no lleva a la grandeza. Muchas veces les dije a mis hijos que ellos asistían a la escuela de Dios.

Un pasaje en *Manantiales en el desierto* lo explica bien:

Cuando vienen las pruebas, Dios primero nos adapta a ellas, y nos hace aprender lo que debemos. Él promete: “Con él estaré yo en la angustia; lo libraré y le glorificaré”. Pero eso no acabará hasta que dejemos de ser inquietos y quejosos, hasta que lleguemos a ser tranquilos y quietos.

Al principio lloramos en angustia, pidiendo ser liberados del corazón quebrantado. Solo cuando aceptamos el quebrantamiento, y nos permitimos sentir el dolor, es

que clamamos, como Jesús: “ ‘Pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.’ Ayúdame a aprender lo que quieres para mí”. Solo entonces experimentamos la paz. Dios quiere completar una obra purificadora en nuestro corazón; no hay lugar para la ira o la venganza. La paz no proviene de lograr lo que queremos. Más bien es la recompensa del corazón totalmente rendido.

Ahora puedo decir con certeza: “Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones” (Salmo 46:1). También puedo testificar que esto es verdad, pues durante muchos años, mientras mis hijos crecían, parecía que Dios no oía mi clamor angustiado, pidiéndole ayuda en criar a los hijos. Durante este tiempo difícil, un mensaje que el Espíritu me dio claramente fue que mis hijos necesitaban amar y respetar a su padre, y que yo debía darles el ejemplo. Años después, comprendí que Dios me había dado este principio para que lo siguiera; por eso había sentido tan fuertemente que debía enseñarles a mis hijos el respeto. Había sido una respuesta a mis oraciones durante el tiempo en que sentía que no recibía respuestas.

Claramente recuerdo el día en que comprendí que Dios realmente había contestado mis oraciones. Cuando le pregunté a uno de mis hijos, ahora ya adulto, por qué escogió ser cristiano cuando tenía tantas razones por las cuales endurecer el corazón y amargarse, me dijo: “Mami, si usted no hubiera amado y respetado a Papá, sino que más bien lo hubiera criticado y humillado, nunca habría

sido cristiano. Esperaba que usted dijera palabras incorrectas, para poder justificarme en seguir mi propio camino”.

Cuando mi hijo se marchó, solté en llanto, un llanto de gratitud y alabanza. “Ay, Señor Dios, gracias por guardarme. Fuiste tú que me mantuviste en el camino correcto. Solo tú sabes cuán difícil ha sido, y cuántas veces sentí que todo estaba perdido. No solo oíste mis clamores por ayuda, sino que me guiaste, y protegiste a los hijos. ¿Cómo puedo agradecerte?”

Tal vez tengamos que esperar años para ver los resultados de nuestra perseverancia. Es posible que tengamos que sacrificar nuestra voluntad y nuestros deseos por causa de los hijos, pero vale la pena cuando llegan a ser cristianos. Al ver a mis hijos entregar todo a Dios y ser bautizados, lloraba en agradecimiento al gran YO SOY, el único que lo hizo posible.

Hoy mi oración por los hijos es que cada situación difícil que enfrentan llegue a ser solo un peldaño a un nivel más alto.

*La sabiduría de Dios no puede errar,  
Su poder no puede fallar,  
Su amor nunca cambiará,  
Sabemos que aun sus interacciones directas  
Son para nuestra ganancia espiritual más profunda.  
Nuestras pruebas son solo  
Instrumentos para lograr sus tiernos*

*Y sabios propósitos para nosotros.  
Entiende que Dios está en todo, grande y pequeño.  
Alábalo en todo lo que sucede.*  
—Autor desconocido

Jesús es nuestro intercesor cuando las palabras nos faltan; a la vez, él obra poderosamente por medio de los intercesores humanos. Frecuentemente, cuando sentí que ya no podía alzar la cabeza o levantar los pies, de pronto sentí más ánimo y una perspectiva más positiva. De nuevo pude enfrentar al mundo y sus problemas. Alguien debe haber orado, y esa persona nunca sabrá el beneficio específico de su oración, pero yo sé que tuvo un efecto. Anhele dar este mensaje a la madre cuyo corazón está quebrantado, ofendido y sangriento: Cuando sientes que ya no puedes seguir luchando sola para criar a tus preciosos hijos, ten ánimo. Dios oye tus oraciones.



# 17

## Tened paz

Algunos mandamientos de Dios son difíciles, como: “Tened paz entre vosotros” (1 Tesalonicenses 5:13) y “Seguid la paz con todos” (Hebreos 12:14). Seguir la paz con todos, ¿aun con nuestros peores enemigos? ¿Cómo? Solo por la gracia de Dios. Muchas veces he pedido a Dios que me llene hasta rebosar del amor incondicional de Cristo, un amor que no me nace naturalmente.

Hallamos la respuesta en Romanos 14:19: “Así que, sigamos lo que contribuye a la paz y a la mutua edificación.”

Los niños pleitean porque cada uno insiste en tener lo que quiere, y demasiados adultos nunca han dejado esta costumbre. Aun si el esposo es egoísta y hace caso omiso de los deseos de la esposa, ella tendrá que responder por sus propias acciones, no por las del esposo.

¿Qué se exige para vivir en paz con el esposo que nos

maltrata? Significa convenir con él, rendir nuestra voluntad y deseos para hacer las cosas a su manera. Podemos indicar nuestra preferencia, pero luego debemos ceder a sus decisiones. Algunos dirán que esto es ser demasiado pasiva, pero creo que es seguir el ejemplo de Jesús y activamente seguir la paz.

Tener dos jefes en el hogar no funcionará, y Dios ordenó que el hombre sea el líder. Para la mujer puede ser difícil someterse si su líder es irrazonable. Pero para la paz personal y la del hogar, es necesario someterse al esposo, a menos que sus órdenes sean contrarias a la Palabra de Dios. Cuando la mujer obedece de esta manera, Dios le dará la gracia necesaria.

El pecado entró en el mundo por un solo acto de desobediencia, causando la expulsión de Adán y Eva del Edén. De esta manera, entraron mucha maldad y tragedia en el mundo que había sido creado perfecto. Dios nos manda obedecer toda autoridad sobre nosotros, aun cuando no sea razonable. La desobediencia lleva al desastre.

Dichosamente, mi esposo nunca me pidió algo que estuviera en contra de los mandamientos de Dios. Por más irrazonable que fuera a veces, siempre podía hacer lo que me pedía. En mí caso, era asunto de rendir lo que hubiera podido llamar mis derechos personales.



# 18

## Pasos hacia el perdón

Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete? Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete (Mateo 18:21-22).

**E**s necesario perdonar para que sanen las heridas resultantes del trauma emocional o físico. Tenemos que decidir perdonar.

Como en toda área de nuestra vida, Jesús es nuestro ejemplo perfecto. Colgado en la cruz, miró a sus enemigos con compasión y dijo: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:34). Jesús fue acusado falsamente. Aunque sus hechos eran perfectos, sufrió a manos de otros, y su mensaje para nosotros es clarísimo:

Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos (Mateo 5:44-45).

Tienes el poder de perdonar o de guardar rencor. Sin importar lo que dio inicio al resentimiento, para poder ser libre y feliz, necesitas desprenderte de los dolores del pasado para dar y recibir perdón. ¿Cómo ocurre el milagro de perdón en el corazón? Las siguientes acciones son claves para poder perdonar:

- Reconoce tu dolor y tu ira. En demasiadas ocasiones reprimimos las emociones negativas y las encubrimos, no reconociendo que estamos ofendidos o enojados. Las ofensas son muy reales, y Dios sabe como te sientes. Por tu bien, necesitas contárselo a él.
- Entiende que aferrarte al dolor solo te causa daño a ti misma. Dios quiere ayudarte a llevar tu dolor; por lo tanto échalo sobre él.
- Suelta consciente y voluntariamente cualquier deseo de venganza.

- Ora fervientemente por los que te ofendieron. Pide que Dios resuelva las heridas que ellos recibieron y que les causó ofender a otros.
- Libera de responsabilidad al que te causó el dolor. Ora que las ofensas sufridas no te lleven a ofender a otros. Tenemos que pedir que Dios nos ayude a olvidar todas las ocasiones en que deseáramos haber actuado de forma diferente. Por más que quisiéramos volver al pasado, no podemos hacerlo. Lo hecho, hecho está. Jesús ha prometido: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9).

La amargura, el culpar a otros y el espíritu vengativo son manifestaciones del odio, que es lo mismo que el homicidio ante los ojos de Dios.

El que no ama a su hermano, permanece en muerte. Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él (1 Juan 3:14-15).

Pensándolo de esta manera, puedes estar asesinando al cónyuge inconscientemente, de maneras sutiles. Pide al Señor la gracia para perdonar de todo corazón, y él

te ayudará a hacer todo lo posible por mantener vivo el amor por tu cónyuge.

# CONCLUSION

Aceptar esta situación que está tan mal ha sido una experiencia dolorosa y ha moldeado mi corazón, pero hoy puedo dar gracias a Dios por su mano poderosa obrando en medio de cada lucha. Por experiencia propia puedo decir que Jesús trae paz.

Hay una paz que viene tras la tristeza,  
De esperanzas rendidas, no realizadas;  
Una paz que no mira a mañana,  
Sino, tranquilamente, la tempestad calmada.

Una paz que no nace de los gozos presentes,  
Ni de la vida feliz de un amor seguro;  
Sino de la fuerza infalible que posee el corazón,  
Que superó conflictos al aprender a soportar.

Una paz que se esconde en los sacrificios,  
Una vida sujeta, libre de mi voluntad y las pasiones;  
No es la paz que cubría el Edén,  
Sino la que triunfó en Getsemaní.

—Autor desconocido

Aún no tengo todas las respuestas, pero he aprendido muchas lecciones. Ahora confío más en mi Padre celestial.

Su cuidado constante y su amor sobrepasan todas mis dudas. He aprendido a entregar todo a él. Sé que sin importar lo que venga, él estará a mi lado. He vivido con él lo suficiente para saber que dónde me guíe, yo seguiré, aunque experimente rechazo, porque sé que Jesús lo puede utilizar para transformar mi vida más en su imagen.

### Las pruebas

Fui rechazada, desechada,  
No tenía ningún hogar.  
Solo quería clamar:  
“¿Por qué, al amarte tanto,  
Haz permitido  
En nuestra vida  
Tanta oscuridad?”  
El dolor, las heridas, la lucha  
Parecía difícil llevar.  
Sin embargo, en benignidad y misericordia,  
Me mostraste tu cuidado real.

“Mi hija, estaré contigo.  
Solo echa toda tu carga  
Sobre mí. Yo la llevaré,  
Para que no desmayes y caigas.”

Mi Señor dijo que estas pruebas son solo  
Para ayudarme a crecer en su imagen y semejanza.  
Y yo te mostraré mi amor.

—Matilda Kaufman

¡Cómo deseara haber conocido y practicado las cosas que explico en este libro mientras mi esposo y yo aún estábamos juntos!

Concluyo con una oración de consagración escrita por Verna Birkey en el libro *Enriched Living* (La vida enriquecida). Esta declaración trajo sanidad a mi alma atribulada. Dios sabía que la necesitaba.

### La consagración

Dios es mi Padre celestial, el omnisciente que controla todo. Su esencia es amor, y su deseo más profundo es mi bien. Dado a que es tan amoroso que solo desea mi bien, tan sabio que planea lo que es mejor, y suficiente poderoso para lograr lo que han planeado su amor y bondad, ¿cómo me puede faltar algo bueno?

Es a ti, Señor, que ahora rindo incondicionalmente todo lo que tengo y soy. Pertenezco a ti.

Por eso, nuevamente me entrego, junto con todas las exigencias de este día, sabiendo que tú tienes todo bajo control. Propongo en mi corazón agradecerte todo lo que me permita encontrar.

En especial, nuevamente declaro que mi esposo te pertenece a ti, no a mí. He rendido a ti todos mis derechos a mi esposo, sus atenciones y

su amor. Tomaré lo que tú me devuelves como privilegios para ser usados para mi placer y tu gloria, durante el tiempo que me los des.

Me propongo rehusar tener pensamientos de autocompasión, críticas, celos o resentimientos cuando se niegan ciertos privilegios, cuando su tiempo es ocupado por otros, cuando parece duro y exigente, cuando parece no ser considerado y amoroso.

Señor, una vez más hago esta declaración ante ti. Te necesito para ayudarme a ser fiel a este compromiso y percibir de inmediato cualquier distracción. Señor, te ofrezco mi vida, y también la de mi esposo para que él la use como tú lo permitas, sin importar las desventajas que yo experimente. Gracias por ser digno de confianza. En el nombre de Jesús, Amén.



# Sueños DESTROZADOS

Esta es la historia conmovedora de la experiencia de una mujer, que se repite miles de veces en todo el mundo. Tal experiencia no fue parte nunca de sus planes ni expectativas.

Matilda Kauffman nació en un hogar amish. Como cualquier muchacha amish, soñaba con casarse y criar a una familia. Este sueño se realizó cuando un joven bien parecido, y de muchos talentos, pidió su mano en matrimonio. Se casaron y experimentaron muchos años felices juntos. Pero algo sucedió y el amante, el esposo, el padre de los hijos de Matilda la dejó, llevando consigo el dinero.

Matilda cuenta su historia sin malicia ni amargura. ¿Cómo es posible? ¿Cómo pudo lidiar con sus circunstancias? ¿Cómo pudo sobrevivir? Todo esto fue posible, pero no por su cuenta. Dios oyó su clamor.

Hoy ella vive en la paz que solo Cristo puede dar, disfrutando de su creciente familia de nietos.

Ella cuenta su historia para dar dirección y esperanza a otras mujeres que también se hallan solas y destrozadas.